

Qué difícil escribir sobre alguien que ha partido inesperadamente, sin remedio; alguien singularmente especial en nuestras vidas. Alguien a quien uno no ha podido despedir porque poco tiempo antes todo en su vida, externamente al menos, parecía bastante normal, y simplemente no había motivo alguno para hacerlo.

La reciente muerte en Querétaro, de María Teresa Azuara, poeta y cuentista mexicana radicada en esa hermosa ciudad, ha significado un fuerte golpe emocional en mi vida. Literalmente me movió el piso y sesgó mi cotidianidad. Aunque sólo nos frecuentábamos cuando yo viajaba a esa ciudad a visitar a mis hijas, a lo largo de casi 20 años aprendí a estimarla y respetarla muchísimo como persona y como escritora, pero también como directora de un taller literario al que siempre me invitaba para cederme su conducción por varios días o semanas, o para compartirla como colegas ante sus entusiastas alumnos.

Me refiero, por supuesto, a La Buhardilla, espacio literario de gratísima recordación para muchas, muchas personas --alumnos, colegas escritores invitados--, quienes a lo largo de más de dos décadas hemos estado de una forma u otra en deuda con su fundadora (puede dar testimonio de su calidad como maestra de talleres la escritora panameña Sonia Ehlers S. Prestán). Una iniciativa como ese taller longevo que año a año se renovaba a sí mismo bajo la batuta

Recordando a mi amiga Tere Azuara

POR ENRIQUE JARAMILLO LEVI

sabia de Tere habría que crear en Panamá.

Tere era una persona de honda cultura, pero de una sencillez, modestia y capacidad de entrega impresionantes. Cariñosa y bromista, su don de gentes, siempre expansivo y no obstante sin imposición alguna, generaba simpatía, ganas de realizar proyectos culturales con ella. Lo saben sus muchísimos amigos y estudiantes, y por supuesto de primerísima mano su familia. Alguien en quien se podía confiar con los ojos cerrados, y así lo hice en más de una ocasión.

No fueron pocas las veces que, a lo largo de los años, en diversos sitios, Tere presentó en Querétaro libros míos recién publicados. Excelente reseñista de obras literarias, era asimismo una lúcida ensayista inédita. Lo hacía siempre con desprendimiento, entusiasmo y brillantez: sus análisis implicaban necesariamente una incuestionable metodología que sin embargo no se notaba como tal; hacía reflexiones profundas

y certeras, de su ser emanaba un contagioso entusiasmo comunicado mediante una dicción impecable. Tomando en cuenta la sobresaliente calidad de su poesía y de su prosa narrativa --conceptos densos redactados siempre con transparente precisión semántica y una sensibilidad a flor de piel--, tres o cuatro veces publiqué en la revista "Maga" poemas y cuentos breves suyos que consideré muy buenos. Se trataba de una suerte de tácito intercambio cultural el que cada quien daba o recibía, del que jamás hablamos como tal porque siempre surgió de forma espontánea.

Nos encantaba reunirnos para platicar por horas acerca de muy diversos temas personales, sociales, políticos y literarios, tomándonos un café en alguna cálida cafetería queretana. Esas ocasiones, y aquellas otras en que me invitó a comer a su casa en compañía de su esposo Manuel y a veces de sus hijos, y tomando vino platicábamos antes y después lar-

gamente, me aprietan hoy el alma al recordarlas. Saber que esas gráficas experiencias no habrán ya de repetirse parece un mal sueño del que uno quisiera despertar rápidamente.

María Teresa Azuara estuvo en nuestro país durante el *Encuentro Internacional de Escritoras*, celebrado este año del 27 al 31 de marzo en varias universidades de la capital y en diversos sitios del interior del país, de la mano organizativa de las poetas panameñas Gloria Young y Consuelo Tomás. Viajó en compañía de su alumna y amiga la novel escritora Adelfa Ángeles Cruz. Aquí presentó la primera novela, "Alquiler fatal", de la ya mencionada Sonia Ehlers; y a su vez su tercer poemario, "Divina desnudez", fue presentado en la Universidad de Panamá por el escritor panameño y Académico de la Lengua Rodolfo de Gracia. No es poca cosa tener el honor de presentar un buen libro ajeno en otro país y, a su vez, que un libro de autoría propia, recién salido del horno, sea, igualmente, presentado fuera del ámbito nacional acostumbrado. En este caso, la casi simultaneidad de ambas iniciativas sin duda abonó a la gratificación emocional e intelectual de Tere, quien estuvo muy satisfecha con el resultado de los dos eventos en que participó en Panamá.

El jueves 28 de marzo del presente año almorzamos en "El Trapiche" de Vía Argentina. En poco tiempo hablamos de su familia y la mía; de la hermosa y acoge-

dora ciudad de Querétaro, sitio en donde germinó nuestra amistad. Conversamos de sus impresiones de Panamá la verde, del gusto que le daba reencontrarse aquí con mi hija Arabelle, quien meses atrás se había venido para acá con su familia tras residir en Querétaro buena parte de su vida. Nos comentó su alegría al estar hospedada con su amiga Adelfa en casa de Sonia, quien con su esposo trataba a sus huéspedes "a cuerpo de rey", según contaba feliz ese mediodía, sin sospechar que fallecería de leucemia meses más tarde.

Gracias a la disponibilidad e iniciativas de Sonia, Tere y Adelfa se llevaron impresiones muy gratas: El Canal de Panamá, Colón, Portobelo, una aldea Gnobe Buglé en Madden, San Lorenzo, Panamá Viejo, el Causeway, Casco viejo, una playa, compras en algún centro comercial... Y en su finca de Buena Vista, en las noches, "mucho plática literaria, visión del ser humano, buen vino y queso hasta media noche. Hablamos de escritores que debían ser más reconocidos, como las mexicanas Elena Garro e Inés Arredondo, ya fallecidas. Programábamos a cuál conferencia del Encuentro queríamos ir al día siguiente..."

Se me quedan innumerables anécdotas trasmutadas en recuerdos perdurables en este tintero antiguo en que se convierte la memoria herida. La memoria que lucha entre rescatar lo más posible para dar testimonio, y guardarse para sí algunas de las



huellas personalísimas de quien fue una gran mujer y una escritora de indudable porvenir.

Le debo muchas cosas a Tere Azuara, pero acaso las más importantes sean dos: por un lado, esa compartida certeza inexorable de que la literatura ejercida con disciplina, rigor, oficio, osadía y responsabilidad, pero sobre todo con mucho amor, no pocas veces nos salva de abismos que, al presentárenos de pronto o gradualmente, no hacen preguntas, sólo irrumpen. Una literatura que, como tal, puede tener poco o mucho de auténtico beneficio terapéutico, pero que con simplemente ejercerse a conciencia reafirma nuestra identidad profunda y nos hace mejores personas.

Por el otro, Tere me enseñó, sin proponérselo –un buen maestro siempre está enseñando, con sus gestos y actitudes, con su desprendimiento y entrega, aunque crea realizar otras actividades ajenas a la profesión--, lo que es la verdadera amistad. Una amistad que no sólo es solidaria con las afinidades y los éxitos del otro, sino, y sobre todo, con los fracasos y las diferencias. Una amistad que por definición es afecto, y en la práctica mucho más lo es.

Panamá, 3 de septiembre de 2012